

El Concilio Vaticano II ha supuesto, por parte de la Iglesia, un gran esfuerzo de reflexión sobre sí misma. Y esta reflexión ha estado en gran parte orientada a definirse frente al mundo moderno, intentando asimilar y vivir sus problemas a la luz de nuestra fe. Lógicamente la época postconciliar tenía que suponer una gran tensión dentro del catolicismo universal. España no es una excepción y su afán por adquirir un nuevo ritmo creemos que reviste características y volumen especiales.

Este reajuste mental y práctico está lastrado, en primer lugar, por nuestra historia tan enraizada a favor o en contra del catolicismo, pero por lo general extremista. Hoy hemos anclado en un Estado confesional (la nueva Ley sobre libertad religiosa, parece que cambia muy poco las cosas), aunque muchas de sus realidades sociales, económicas o políticas sean discutibles como católicas, máxime después del Concilio. Pero al haber sido siempre presentadas como una "legalidad católica", han producido un fuerte desengaño en los medios intelectuales y en la clase media. La clase obrera, por su parte, nunca se ha visto dentro de la Iglesia y el aparato social legalmente católico no ha servido precisamente para llevarla al catolicismo. Además, aunque nuestras optimistas estadísticas no sean del todo reales, es indudable la existencia de una amplia conciencia católica en España, capaz de movilizar todavía una opinión seria. El Concilio nos ha puesto en la grave disyuntiva de deshacer equívocos y volver a encontrar eco en la masa obrera y en gran parte de la clase media de formación universitaria, especialmente joven. Las tensiones se suceden, los frecuentes secuestros de libros y revistas católicas (Signo, Aún, Voz del Trabajo, etc.) por parte del Ministerio Público van abriendo los ojos, y poco a poco, muy lentamente, se va creando una conciencia cristiana que, de estar más apoyada por sus jefes natos, sería capaz de canalizar esa opinión pública católica española, de alcance todavía considerable.

## dificultades de la españa postconciliar

**JAVIER MORALES**

Desde el punto de vista eclesial, se ha patentizado que la Teología misma del Concilio ha nacido y se ha desarrollado fuera de España. Desgraciadamente hemos permanecido estacionarios teológicamente, quizá por un falso sentido de la tradición y fidelidad. Por eso carecemos de la preparación ambiental que da un lento desarrollo anterior, y nos cuesta aceptar y asimilar doctrinas que —desgraciadamente— nos resultan nuevas, y que el Concilio ha incorporado definitivamente al bagaje espiritual de la Iglesia: ecumenismo, libertad, teología de valores humanos, presencia temporal de la Iglesia, etc. Desconexión tanto más grave cuanto que nos hemos considerado pública y reiteradamente como los verdaderos realizadores del Catolicismo. Además se ha venido dando

una selección de maestros y dirigentes eclesiásticos y religiosos de acuerdo con esta mentalidad estacionaria, y los sujetos que hubieran hecho evolucionar pausadamente el mundo religioso español enseguida llamaron la atención y, por lo general, han sido más o menos discretamente silenciados en la enseñanza, el gobierno o la actuación pública.

Por otra parte, juzgan muchos que la Iglesia oficial española aparece excesivamente identificada con un régimen político y social determinado, lo que a los ojos de no pocos impide —al menos en parte notable— el primer deber de orientación de nuestro pueblo. Muchos intereses lentamente creados, han impedido una definición clara, de tipo moral e ideológico—, que deslindara bien y a tiempo los límites entre la doctrina católica universal, y los presupuestos doctrinales y sociales de un régimen. Esta síntesis simplista va a ser difícil de romper ahora sin que se nos llame “traidores”. . .

Otra dificultad del reajuste conciliar en España, proviene de la excesiva politización que se da en nuestro país a cualquier actividad. En la práctica todo está tipificado como hecho político: y el sacerdote y la Iglesia no se liberan tampoco de ser considerados bajo este punto de vista. Hoy va siendo imposible una predicación o testimonio pastoral comprometido que no sea considerado como político. En caso de desfavorecer la línea del Gobierno, será tachado como intromisión intolerable del clero en la “política”. Pero si favorece, será interpretado por muchos españoles como si la Iglesia fuera en España un instrumento de poder político, y que a cambio obtiene una clara situación de privilegio. Impresión que en muchos casos es difícil de ser desmentida. Hay que superar toda repercusión política, volver a una sana independencia de criterio y predicación, y examinar a fondo las causas que quizá mantienen silenciada a la Palabra con graves repercusiones en nuestro pueblo.

Igualmente hay que superar ese oscuro sentimiento de peligro ante un hipotético desmoronamiento político si la Iglesia recobra su independencia ideológica, o desmoronamiento religioso si se matiza y se clasifica una postura más independiente de la Iglesia. Esto quizá indique en el fondo, que muchos españoles desconfían tanto de su régimen político como de su Iglesia, y sientan la necesidad de asegurarlos identificándolos lo más posible. La Iglesia daría su secular estabilidad, el Estado su forma concreta y práctica. Es una fabulosa mezcla de criterios que hay que aclarar y encauzar, con caridad para todos y sin ambigüedades para nadie.

También vemos que nos da bastante quehacer nuestra falta inveterada de costumbre para disentir pública y respetuosamente. Falta de capacidad para el diálogo, falta que nuestras leyes han consagrado durante mucho tiempo. Sólo hemos admitido incondicionales o enemigos, y ésto hace difícil entendernos sin tergiversarnos y dialogar sin ofendernos. Además, el posible lastre de una conciencia tradicional de muchos católicos sinceros que —por todo lo anterior y una serie de condicionamientos sociales e históricos largos de explicar pero fáciles de intuir—, no han visto los problemas y son reacios a todo tipo de cambio. El Concilio les rebasa y aparece a sus ojos como un desmoronamiento y debilitamiento doctrinal de la Iglesia. Estamos acostumbrados a ser ca-

tólicos con nuestro catolicismo, y esto impide quizá la reflexión desinteresada y objetiva que pide el Concilio.

Otro problema de nuestra España postconciliar, y dentro también del mundo clerical tan enorme, es el papel importante que juega la tensión clero joven-clero mayor. Esta distinción es, evidentemente, poco real, pero sirve para darse a entender. Conozco “mayores” con un ejemplar espíritu de adaptación y “jóvenes” muy reacios a reflexionar y revisar los moldes en que fueron educados. De todos modos, lo generacional en el clero español —con vistas a una etapa postconciliar— produce ciertas tensiones por su diversa formación recibida. El clero “mayor” (y vamos a prescindir por completo de la edad) es vivencialmente estacionario y quizá incapacitado para asimilar y comprender vitalmente el Concilio. Por lo general vivió la guerra civil, y salió de ella con un fuerte impacto emocional político-religioso —que ha sabido transmitir a muchas generaciones—, y se le hace duro una revisión a fondo. Estudiaron en Seminarios y Casas de Formación religiosas donde lo jurídico y lo “académico” les inculcó una Teología estaticista. Como consecuencia, una falta de auténtica cultura teológica y humana, un desconocimiento de los problemas y del mundo de hoy, que ha evolucionado muy de prisa fuera de sus moldes religiosos. De ahí el distanciamiento con lo real, que escapa a su comprensión y a sus posibilidades, y de hecho ha estado fuera de su pastoral práctica.

Por su parte, el clero joven (y también hay que prescindir de la edad), se acerca a estudiar Teología con la necesidad de elaborar su fe y comprometer definitivamente su conciencia. Carece de una anterior “fe absoluta” que todo lo perdona y todo lo encubra, y para ser necesita una Teología que vaya directamente a su conciencia: nada más lejos del ideal “académico”. En gran parte sufre los efectos deformadores que sufrió el clero “mayor” y que por regla general es su dirigente e intenta ser su maestro y su director. En algunos casos pasa a sentir igual, asimilándose lentamente a un mundo y distanciándose de otro. En otros se enfrenta a fuertes crisis de obediencia, que además entiende de una manera distinta: obediencia como diálogo y autoridad como servicio. Son jóvenes por lo general “frenados”, con gran frecuencia desorientados o indecisos, pero con una gran pasión por su fe y su futuro como Pueblo de Dios en España: les va la vida en su tarea.

Es evidente que todo esquematismo es erróneo, pero hablamos en esquema pensando que el lector supla con su buena voluntad: Son, pues, dos formaciones y dos ambientes generacionales distintos. El Concilio está vivencialmente más del lado de los llamados “jóvenes”, pues ha sido precisamente un examen, una autocrítica para subsistir, una reflexión nacida de lo más hondo y sincero de la conciencia, un compromiso con la verdad esté donde esté. Por eso el Concilio ha rebasado muchos moldes antiguos, y hoy son los “jóvenes” quienes —paradójicamente en la historia de la Iglesia— invocan a Roma. Es claro que en España, todos intentan acomodar el Concilio a sus posturas anteriores a él. Quizá nos está faltando la sinceridad radical que es el único punto de vista hábil para invocar al Concilio. El peligro, que se está dando entre nosotros, está en la falta de respaldo y comprensión por parte de ambos cleros. Posiblemente no podrán nunca vivir y predicar un mismo Con-

cilio, de una manera total, pero sí explicarse sin desautorizarse y buscar una comprensión en la que queden respetadas las distintas posturas. Tarea difícil pero necesaria. Lo que hoy día en España se está llamando el honesto "contraste de pareceres"... pero en serio.

En la España postconciliar hay todavía otro aspecto de gran importancia por su historia y su actual remodelación. El anticlericalismo hispano, el viejo cuño de izquierdas y el nuevo, juvenil, inconsciente anticlericalismo de las nuevas ultra-derechas españolas, que no perdonan a la Iglesia el que empiece a abandonarles. Pero esto es tema de otro artículo.

Todos estos puntos de vista constituyen, más o menos, el mosaico de la situación española postconciliar. Momentos duros, nada claros, en los que la Jerarquía tiene el deber de ser luz —auténtica luz que ilumine las conciencias y aclare los términos de los problemas en toda su crudeza y su realidad, sin dejar ningún dato olvidado—. Luz que sólo puede venir si se establece un diálogo sincero y abierto, en el que las conciencias puedan expresarse e ir aportando los datos verdaderos de la verdadera España. Toda solución que intente tranquilizar las conciencias de la base católica, pero que haya sido elaborada sin contar con los datos de esas conciencias, es sólo una solución fallida más, y un paso más hacia la desconfianza.